

Confluencias y divergencias en el juvenilismo intelectual de Manuel Ugarte a comienzos del siglo XX

Margarita Merbilhaá

CONICET – IDIHCS UNLP- CONICET

ABSTRACT

This work concerns two of chronicles which Manuel Ugarte published in Paris in the early 20th Century. Spreading different meanings, topics and performances related to heterogeneous credos (scientific, socialist *arielista*), this discourse deploys a tension between autonomy and heteronomy. We aim to find, in the context of the Uruguayan Rodo's discourse, *Ariel*, the specific traits around the youth construction and its issues in the emerging Latin-American intellectual field.

Keywords: Manuel Ugarte, Arielismo, Latin-Americans in Paris, Juvenilism, Socialism.

Este trabajo analiza las intervenciones juvenilistas de Manuel Ugarte en dos crónicas publicadas desde París a comienzos del siglo XX. En ellas se combinan sentidos, tópicos e intervenciones provenientes de credos heterogéneos (cientificista, socialista, arielista), al tiempo que se despliegan tensiones entre autonomía y heteronomía literarias. Asimismo, en el contexto del discurso arielista, intenta describir las características específicas que tuvo la construcción de la juventud y sus implicancias en el espacio intelectual latinoamericano en construcción.

Palabras clave: Manuel Ugarte, Arielismo, Latinoamericanos en París, Juvenilismo, Socialismo.

Introducción

Tanto en Europa como en Sudamérica términos como “jóvenes” y “juventud” comienzan a designar a un sujeto colectivo, recortado dentro del cuerpo social y por fuera de las clases, durante las últimas décadas del siglo XIX y la primera del siglo XX (es decir, antes del surgimiento de movimientos juveniles como la Reforma Universitaria, o de los agrupamientos políticos del período de entreguerras en el Viejo Continente)¹. Me interesa estudiar las características específicas que, durante las décadas mencionadas, tuvo la construcción de la juventud como unidad social invariable y con intereses comunes (Bourdieu, 1984). En esta dirección, me propongo indagar en torno a los sentidos, tópicos e intervenciones asociados a la juventud que aparecen en los discursos de algunos escritores instalados en Europa hacia 1900, y cercanos al movimiento modernista, centrándome en algunas crónicas de Manuel Ugarte y estableciendo una relación comparativa con el discurso arielista².

Quisiera situar este trabajo en la línea de análisis abierta por el crítico uruguayo Carlos Real de Azúa, quien relaciona el *Ariel* de Rodó con una tradición rioplatense y europea, característica de las últimas décadas del siglo XIX: el discurso a la juventud. Este crítico señala que el juvenilismo de ese ensayo se caracteriza por ser una alocución sagrada, dirigida a los jóvenes, destinada a ofrecerles un rumbo moral hecho de “idealidad”, “desinterés”, “estética de la conducta”. Real de Azúa demuestra además que la apelación a la juventud -como grupo destinado a encabezar los cambios necesarios para la evolución social deseada- constituye un tópico ya codificado, que establece continuidades que van de los “discursos rectorales” de Lucio V. López a los de Ernest Renan o Jules Simon³. Se trata de una concepción dominante, según la cual el enunciador de

¹ Ver la sección monográfica de la revista *Hispania* (2007), a cargo de Souto Kustrín sobre el tema “Ser joven en la Europa de Entreguerras: política, cultura y movilización”. Ver también Bouneau (2009), Criado (1998) y Bantigny (2009).

² Este trabajo se relaciona, en parte, con un proyecto de investigación más amplio, que estoy llevando a cabo, sobre las redes de latinoamericanos en París entre fines del siglo XIX y la Primera Guerra Mundial. En ese marco pueden pensarse prolongaciones del discurso juvenilista como las presentes en *La revista de América* (1912) de Francisco García Calderón.

³ “Jules Simon, uno de los maestros de la Francia republicana, sostenía que los profesores de filosofía debían ser ‘predicadores laicos’, siempre dispuestos a exaltar el valor del ideal, del servicio devoto a la causa común, la grandeza del potencial juvenil, y el género profuso del ‘discours aux jeunes gens’ parece haber seguido, hasta con monotonía, este guión. Ernest Renan mismo, autoridad máxima sobre el Rodó juvenil, pronunció en 1896 ante la Asociación de Estudiantes de París, un ‘sermon laïque’ en el que pulsaba bastante puntualmente casi todas las que serían las cuerdas del encordado arielico”. Real de Azúa (1976, X). El autor también menciona, entre los “predicadores laicos” a Jules Ferry, Anatole France, Ernest Lavisse, Léon Bourgeois. En América Latina también hubo discursos a la juventud anteriores a *Ariel*, como por

esta prédica laica instituye a un grupo, unificándolo en base a la edad biológica de sus miembros, y le confiere a la vez una misión social exclusiva.

A estas representaciones deben sumarse aquellas vinculadas a las prácticas militantes del socialismo europeo⁴, espacios a los que se acercaron varios de los jóvenes intelectuales instalados en Europa a comienzos del siglo XX. En el caso de Francia, pueden mencionarse los grupos de estudiantes surgidos a partir del caso Dreyfus, que elaboran discursos auto-definitorios sobre la juventud recurriendo muchas veces a una retórica profética y buscan hacer de la juventud uno de los campos privilegiados de su intervención. Por otra parte, en la misma época gravitan representaciones negativas, que se inspiran en la teoría leboniana o en la sociología positivista en general. Así, equiparan a la juventud con las multitudes, y desconfían de la falta de rumbo de los jóvenes, apelando a la necesidad de *meneurs* que los encaucen, al igual que a las masas urbanas.

Como lo registran muchas de sus crónicas, durante su residencia en París, Manuel Ugarte conoce a varios de los grupos de estudiantes ligados al socialismo. Esto coincide, a la vez, con su descubrimiento de las masas urbanas y de las manifestaciones del movimiento obrero francés. Es incluso en París donde Ugarte tiene, como tantos otros escritores latinoamericanos, su primera experiencia “de multitud”, tal como se desprende por ejemplo de la reseña sobre *España Contemporánea* de Rubén Darío, enviada desde la capital francesa al diario *El País*. Los comentarios de Ugarte, que impugnan la ambivalencia del poeta nicaragüense frente a los sectores populares⁵, encierran distintos supuestos sobre lo popular que se encuentran claramente condensados en el siguiente pasaje de la reseña aludida:

ejemplo el libro de E. Visconti, *Juventud*, de 1898 que, como destaca Ángel Rama (1976), obtuvo un premio en la Exposición de París de 1900. En la historia de las ideas argentinas, el juvenilismo tiene una primera inflexión romántica importante en la obra del joven Juan Bautista Alberdi, en el marco del pensamiento de la llamada “Generación del 37”. Ver por ejemplo su señalamiento del papel “revolucionario” de la juventud en el *Fragmento preliminar al estudio del derecho*.

⁴ Cabe mencionar, en Argentina, el artículo virulento del Lugones anarco-socialista publicado en *El Tiempo* “¡Paso a los jóvenes!”, de 1896 (Ciria – Sanguinetti 1968, 49-51), que organiza una defensa de los estudiantes de la Facultad de Derecho en base a la oposición entre la generación de los jóvenes y la de los viejos (denunciando por ejemplo la “tiranía de los viejos”, de los “cráneos regresivos” sobre la “intelectualidad progresista”, casi un neologismo para la época). El discurso de Lugones refiere también uno de los tópicos dominantes, de demonización y desconfianza frente a la juventud: “¡Oh, la juventud! Es la bestia negra de todas las decadencias” (Ciria – Sanguinetti 1968, 51).

⁵ “Darío confiesa una repugnancia instintiva por los harapos. ‘No gusto mucho – dice – del contacto popular; la muchedumbre me es poco grata con su rudeza y con su higiene’. Le agradan las reuniones populares, por su aspecto oleoso de mar, por su soplo de tormenta, pero individualmente, no siente simpatía por los miserables” (Ugarte 1901, 4).

Un espíritu elevado, como el [de Darío], no puede oír con indiferencia el sollozo creciente de las multitudes. El arte mismo es, en sí, comunista, puesto que generaliza y reparte lo más noble que hay en el hombre: el pensamiento. ¿Por qué obstinarnos, entonces, en conservar un arbitrario orden de las cosas que nos perjudica, y en combatir otro que pudiera sernos favorable? / Si el ideal del artista es ser libre, ¿cómo no desear la libertad para los demás? Si el corazón de los poetas desborda de ternura, ¿cómo no defender la causa de los que sufren? El fermento popular es la única atmósfera respirable. Quizá Rubén Darío, con quien hemos asistido en París a varios *meetings* tumultuosos, ha sentido ya esa emoción que es el comienzo de la certidumbre (Ugarte 1901, 4).

Por un lado, es posible advertir cierto dejo miserabilista en la enunciación de la crónica, al representar a los sectores populares en términos de “harapos”, “muchedumbres hambrientas”, “los que sufren” o, más directamente aún, los “miserables”. Sin embargo, por otro lado, les atribuye rasgos activos en la determinación del destino de la sociedad en general, al sugerir el carácter “fermentativo” del pueblo (es decir, de agitación), y al insertar, por contigüidad, junto al “sollozo creciente de las multitudes”, la palabra “comunista”, acercando los términos mediante una asociación implícita de ideas. De este modo, Ugarte atribuye a “los que sufren” un rasgo de renovación social que es inherente, aunque también esté determinado por fuerzas naturales (la “atmósfera” del pueblo). Este según rasgo está en línea con la matriz positivista que da forma a los discursos sociológicos –y, entre ellos, a aquellos que conforman los “grandes relatos militantes reformadores”, en términos de Angenot (2000).

Esto permite a Ugarte presentar su versión del socialismo como la fe del porvenir, que inexorablemente se impondrá por la fuerza evolutiva. Ahora bien, en dos crónicas dedicadas a las juventudes francesa y sudamericana, Ugarte compara a las multitudes con dicho colectivo, depositando en ambos una esperanza difusa, aunque algo más confiada que la que podía leerse en los análisis dominantes de Le Bon, Tarde o Nordau. En efecto, la juventud es presentada como necesariamente unida a la “verdad” y a la espera de los nuevos –y prometedores- rumbos de la historia.⁶ Esos son los rasgos que conforman el juvenilismo ugarteano. A partir de estas dos crónicas, es posible sostener la hipótesis de una intervención juvenilista por parte de Ugarte, que termina de cobrar forma en ellas. Además, se observa en ellas dan la heterogeneidad de los componentes ideológicos propios del discurso ugarteano, que combinan, por un

⁶ Según este razonamiento, lo bello no aparece definido a partir de valores estéticos, dominantes en el campo literario, sino en base a criterios externos, provenientes en este caso del campo político. Así, la belleza es identificada con la verdad (política, propia de la filosofía marxista), que a su vez se asocia con lo vital, la armonía, la unidad, un estado de la humanidad ideal proyectado en la sociedad socialista, “colectivista”, considerada como una etapa superadora de la actual.

lado, la fe en la ciencia (y en otras modalidades positivistas de aproximación a los fenómenos sociales) y, por otro lado, la fe en el socialismo (concebido en la época como la filosofía de una transformación social hacia el colectivismo)⁷. Estos principios parecen cumplir una función ordenadora respecto de las alternativas espiritualistas hispanoamericanas, que Ugarte vive como falsas expectativas, y también de las alternativas nacionalistas que comienzan a circular en Europa. En este marco, y teniendo en cuenta el movimiento juvenil antimilitarista, pacifista y anticlerical, aglutinado en torno a la defensa del capitán Dreyfus, es posible comprender el interés de Ugarte por determinar qué actores llevarán a cabo una renovación que se cree inscrita en las leyes de la historia.

Este juvenilismo, que Ugarte construye en los primeros años de su permanencia en París, arraiga en las vinculaciones porteñas del autor con el modernismo, especialmente en el sentido renovador que dicho movimiento imprimió sobre las prácticas de los jóvenes intelectuales. Además, tal como veremos, guarda relación con el llamado a la juventud en el *Ariel* de Rodó, aparecido un año antes que estas crónicas⁸.

“La juventud francesa” ilumina el camino a “la juventud sud-americana”

Las crónicas “La juventud francesa” y “La juventud sud-americana” aparecieron a comienzos de 1901 de forma consecutiva en el periódico porteño *El País*, cuyo director era Carlos Pellegrini⁹. La primera crónica provee en cierto modo el marco ideológico a la siguiente, que adopta más abiertamente la forma de un llamado a la juventud. Pero a la vez, la edición sucesiva de ambos textos hace que las dos juventudes aludidas en los títulos queden vinculadas entre sí. Es por eso por lo que resultan claves para comprender el tipo de intervención

⁷ Como se sabe, una de las consecuencias de esta combinación ha sido el grado en que quedó diluida la reflexión en torno a la revolución y al lugar de la vanguardia histórica en ésta.

⁸ Ugarte, lector de la prensa española, tiene probablemente noticias inmediatas de la aparición del libro por la vía periodística: las primeras reseñas de *Ariel* pertenecen a españoles (Unamuno, Valera, Clarín, Gómez Baquero, Rueda, Altamira), y aparecen en diarios y revistas españoles entre abril de 1900 y enero de 1901 (*Revista crítica*, *El imparcial*, *La lectura*), aunque hay que mencionar la del uruguayo Pérez Petit (en *El Mercurio de América* en mayo-junio de 1900), la del venezolano César Zumeta (en junio de 1900) y la del chileno Eduardo Lamas (en 1901). Ahora bien, los datos suministrados por Real de Azúa (1976, XX y notas 19 y 25) señalan que Rodó despliega una estrategia muy cuidada de difusión de su libro hacia América Latina y España, por vía postal (con dedicatoria y carta adjunta, y valiéndose de una larga lista de direcciones), más allá de la rapidez con que se venden los ejemplares en las librerías uruguayas. Según este crítico, la difusión continental del libro es casi inexistente al comienzo, y el éxito se produce recién con la re-edición de Sempere, en 1908, cuya red distribuidora abarca todo el continente. Esto permite inferir que en los primeros años se trata de un debate entre intelectuales.

⁹ Luego re-editadas en Ugarte (1902, 49-67 y 69-86 respectivamente).

intelectual que Ugarte y la propuesta política que dirige a sus coetáneos recurriendo a la máscara del simple cronista parisino. Así es como, apenas un año después de la aparición de *Ariel* de Rodó, este escritor sienta las bases de un juvenilismo que es necesario analizar en el marco del sermón rodoniano y sus tópicos. Pues, tal como veremos, en contraste con el ensayo de Rodó, la intervención de Ugarte incorpora las apelaciones a la juventud por parte del socialismo, especialmente de Jean Jaurès y de los artistas que se declaran *dreyfusards* detrás de Zola y luego de Anatole France¹⁰. Así, es posible analizar convergencias y contrastes entre ambos escritores.

En la primera crónica, de febrero de 1901, Ugarte examina a los jóvenes estudiantes y a los intelectuales franceses desplegando una estrategia propagandística destinada a presentar las ideas “colectivistas” mediante una retórica de la eufemización: por un lado, presenta a los lectores porteños y sudamericanos una imagen atenuada de los conflictos de clase en la sociedad francesa; por otro, el cronista tiende a postular el rumbo futuro de la humanidad en términos de una marcha paulatina hacia un nuevo estado social que no era más que el resultado inexorable del progreso. Esta retórica reaparece en su crónica siguiente “La juventud sudamericana”¹¹.

En esta dirección, “La juventud francesa” se estructura en dos momentos: una primera exposición general, propia de una retórica del estudio, que intenta sistematizar tendencias en el estado presente de una supuesta línea de evolución cultural (que en el texto se interpreta como tendencia de orden moral). Del panorama ofrecido se desprende que resulta inexorable la “marcha hacia la ‘plena verdad’” (Ugarte 1902, 66), apelando así a una imagen típicamente jauresiana. En un segundo momento, el cronista presenta noticias destinadas a dar fundamento a la clasificación de tendencias que había esbozado antes.

A su vez, dos informaciones le sirven a Ugarte para presentar ante el lectorado porteño el debate político de la sociedad francesa contemporánea, evaluado como auspicioso: la reciente creación de iniciativas de pedagogía popular, y el “Congreso de la juventud” celebrado en París unos días antes de la publicación del artículo. En efecto, Ugarte informa la reciente creación de la “Escuela de Altos Estudios Sociales”, fundada por universitarios, científicos e intelectuales con cargos públicos, de tendencia republicana y partidarios de Dreyfus. El detalle de los cursos y conferencias se analiza como una “nueva

¹⁰ En este sentido, se refiere a los escritores jóvenes nucleados en *La Revue Blanche* (Cf. Rebérioux 1975) y en la revista *Naturiste*, a quienes Ugarte conoce (Saint George de Bouhélier, Eugène Montfort, y otros que menciona en la crónica). También deben tenerse en cuenta las reuniones públicas organizadas por el “Grupo de estudiantes colectivistas”, de gran dinamismo durante el *Affaire Dreyfus* (Bouneau 2003).

¹¹ Ambas crónicas se reeditaron al año siguiente en el libro *Crónicas del bulevar* (Ugarte 1902).

tentativa de evolución hacia el ideal y un nuevo medio de emancipación ofrecido a la juventud"; su principal objetivo es, para Ugarte, "enseñar a la juventud el mecanismo y el estado de la sociedad en que debe vivir", mientras se dice que ciertas conferencias sobre la organización obrera, "trabajo, salario y aspiraciones", están destinadas a que "la juventud tenga una noción clara de lo que es la sociedad actual y de las reformas que exige". Aquí resulta evidente que, una vez más, el destinatario no es otro que el colectivo de "la juventud".

En ese marco, las universidades populares, las conferencias y las cooperativas que se multiplican son presentadas como indicios de la reconstrucción de una Francia derrotada en 1871, y permiten al cronista refutar los discursos sobre la decadencia francesa de las últimas décadas del siglo XIX.¹² Ugarte contrasta un pasado reciente marcado por la derrota ante Alemania y las crisis político-institucionales, con un presente dado por la acumulación de "esfuerzos generosos" (Ugarte 1902, 49) que, al confluir, "t[i]ende[n] a difundir la ciencia y determinar una época mejor".

Con este énfasis propagandístico solapado, Ugarte enumera indistintamente varias señales del mejoramiento de una época. Se refiere tanto a las iniciativas surgidas de formaciones artísticas *dreyfusardes* (como el Colegio de Estética Moderna y otros grupos, también defensores de Dreyfus), como a otras no igualmente afines al socialismo: la Escuela de Altos Estudios Sociales, que el cronista destaca tanto por su carácter de "protesta" (Ugarte 1902, 58), que "enseñará todo lo que se calla en las universidades oficiales", (58), como por el hecho de que su organización esté a cargo de autoridades de la universidad y de funcionarios del gobierno, como Alfred Croizet -decano de la Facultad de Letras de París-, Emile Duclaux -del Instituto Pasteur- o Fontaine - Ministro de Comercio-.

Ugarte se asegura de este modo una aceptación favorable de su crónica, entre los lectores argentinos, al recurrir a la legitimidad científica de la nueva universidad, pero sin dejar de señalar el carácter disconformista de los nuevos emprendimientos en materia cultural y educativa. En este sentido, se advierte que, para el autor, las instituciones mencionadas cumplen una función difusora de la ciencia y, en consecuencia, deben orientar los cambios futuros. Tal como señala Angenot (2000, 68), en este gran relato militante convergen, por un lado, la

¹² Estos discursos surgen como respuesta de las clases dominantes a la crisis política y social que sigue a la pérdida de Alsacia y Lorena en la Guerra Franco-prusiana, y a la Comuna de París. Más adelante reaparecen, durante la conmoción provocada por el caso Dreyfus, y en medio de numerosos conflictos sociales y huelgas del movimiento obrero francés. A esto se suman las crisis de los gobiernos sucesivos de la *IIIè République* proclamada en 1877, al votarse una nueva Constitución (Rebérioux 1975).

fe en la ciencia, que aparece como la garante de la transformación social, y por otro, la fe en el porvenir. Así puede leerse en la crónica:

Los grandes sabios como Buisson, Reclus y Monod levantan su cátedra en la plaza pública. Y todo parece tender a difundir la ciencia y *determinar* una época mejor./ Es una nueva era que se abre, después de clausurada la Exposición, y en la que la juventud francesa desempeña un papel preponderante. Siempre es la juventud la que decreta el porvenir. El siglo que empieza *trae el germen* de grandes luchas nebulosas, y es difícil saber cuál será el *resultado del choque* de tantas ideas exasperadas y tantas concepciones antagónicas. Las nuevas generaciones deben cortar el nudo. Por eso es curioso *seguirlas en su evolución* y sorprenderlas en sus preferencias actuales (Ugarte 1902, 49-50, cursivas nuestras).

Así, junto a la difusión de la ciencia, las nuevas generaciones representan agentes históricos encargados de determinar las transformaciones. Partiendo de este postulado, según el cual la ciencia y la juventud son motores de los cambios venideros, Ugarte fundamenta la necesidad de examinar su “orientación” en el presente, para poder “predecir” las sociedades futuras (otra clave hermenéutica de la ciencia social de la época, adoptada incluso por el socialismo científico; Angenot 2000, 85). El cronista recurre muchas veces a una retórica darwiniana para aplicar este análisis científico a lo social. Así, justifica su decisión de examinar a la juventud, tanto desde el punto de vista de su “evolución” como del rumbo que se encuentra, en germen, en las luchas nebulosas inscriptas en la historia. En este mismo sentido se entiende su intento de explicar las divisiones entre los jóvenes en base a causas de orden fisiológico, ambiental y psicológico; de relevar la “clasificación [que] se hizo” (Ugarte 1902, 51), o de constatar la “selección [que] había sido preparada” (Ugarte 1902, 53). Esto también aparece en su análisis de las posiciones en torno al caso Dreyfus:

[...] las gentes se declararon intuitivamente revisionistas o antirevisionistas. Se puede decir que lo eran desde antes del error judicial. Según predominase en ellos la energía o el sentimentalismo, estaban fatalmente destinados a ser enemigos o defensores del capitán Dreyfus. La conformación cerebral, la educación, las lecturas y, sobre todo, el sistema nervioso, bastaron para delimitar los bandos, de manera que los polemistas de un partido y de otro trabajaron sobre multitudes ya regimentadas (Ugarte 1902, 51).

Para Ugarte, la juventud había sido llevada a elegir entre dos tendencias, que el asunto Dreyfus ha “clasifica[do] definitivamente”: por un lado, los “individualistas, enamorados del principio autoritario, los habituados a obedecer o a mandar, los hombres de iglesia o de cuartel: el mundo viejo”; por el otro, “los

altruistas, los científicos, los habituados a razonar y a descubrir la vanidad de los dogmas: el mundo nuevo". Como si buscara correspondencias con las tensiones de la sociedad francesa en el presente, Ugarte distingue entre dos juventudes, basándose en la clasificación general anterior. La primera es definida con ironía como egoísta, epicuriana, bulliciosa y fácilmente "adaptada al mundo", mientras que la segunda está formada por los "tímidos, los estudiosos, los que habían sufrido injusticias, los que imaginaban una civilización superior a la actual" (1902, 53). La primera se ampara en una "contra-moral cínica" inspirada, según él, en las obras de Nietzsche que proporcionan "una justificación y una bandera rara" y una "doctrina [que] era 'el cultivo del yo'" (Ugarte 1902, 54), en el marco de una existencia reducida a "acumular sensaciones" (1902, 56).

La segunda, evidentemente preferida por el cronista, resulta "más numerosa y considerablemente más sincera, que se inspiraba en Bakunine (sic.), Karl Marx y Tolstoi. Proclamaba su fe en la vida y en la naturaleza y tenía la inmensa ventaja de ser una juventud *joven*" (Ugarte 1902, 56). Esta última caracterización, aparentemente redundante, es reveladora del valor esencial que el cronista atribuye a lo juvenil. Al mismo tiempo, lo asocia con una constelación de valores, representaciones y discursos políticos cuyos usos son, a comienzos del siglo XX, propios de las retóricas de la militancia socialista. Lo joven se define por su sentido político transformador, asociado a un *ethos* vitalista y anticonservador. En este sentido el juvenilismo, como conjunto de tópicos y modelos de acción, está asociado, en Ugarte (al igual que en el socialismo en general), a expresiones tales como "porvenir" o "elemento dinámico capaz de impulsar el cambio", tal como puede apreciarse en la descripción siguiente:

[...] traía una gran confianza en el porvenir y un deseo violento de reformar las cosas y componerlas de una manera equitativa [...]. No era un grupo de ideólogos ni una reunión de adolescentes obstinados en ensayar una *pose*. Formaba una corriente de hombres sanos, que salían de las Universidades armados para la vida, con una base sólida de positivismo, defendidos por convicciones y empujados por esperanzas [...]. Eran partidarios de una evolución hacia la humanidad. Y es natural que, en el caso Dreyfus, fueran defensores de la justicia. (Ugarte 1902, 56-57)

Aquí podemos señalar una diferencia clara con respecto al juvenilismo de Rodó¹³. La contraposición de dos tipos de juventud supone, en el caso de Ugarte, que los jóvenes están insertos en conflictos propios de cada época (de "cada ambiente"), por lo que pueden asumir un rol político activo orientando el curso

¹³ Sobre la comparación entre otros aspectos de las intervenciones de Rodó y Ugarte, ver Merbilhaá (2009).

histórico. Así, el juvenilismo ugarteano, enunciado en base a una retórica socialista, adopta, en el contexto latinoamericano, un sentido alternativo respecto del juvenilismo arielista, que contrapone al idealismo una lógica de acción político-intelectual.

La argumentación de Ugarte apela a la formulación de dicotomías, desde un lugar de enunciación a menudo situado en la intersección entre la adhesión a reformas progresivas y la creencia en el colectivismo final, y entre la heterodoxia del pensamiento socialista y la asimilación de las ideologías liberales que conciben el progreso como una fuerza natural de superación humana¹⁴. En su discurso, el uso predominante de la antítesis se relaciona con una tensión que es constitutiva de su trayectoria política e ideológica, marcada por fuertes contrastes entre su disposición biográfica, ligada a su origen burgués, y las posiciones vanguardistas que asume en el campo político. De manera análoga, puede decirse que, en el espacio literario, Ugarte se inicia con prácticas inscriptas en el modernismo, pero va girando hacia posiciones estéticas heterónomas, que culmina en su defensa del “arte social”. A su vez, su progresiva intervención intelectual lo va alejando de la consagración literaria, visible en la poca trascendencia de su figura luego de la década del diez.

Las formas antitéticas realizan el difícil acercamiento -e incluso la armonización- de tendencias que, *a priori*, resultan inconciliables. En la escritura, la presencia contigua de realidades antagónicas puede verse tanto en la eufemización del carácter subversivo de prácticas y discursos políticos anticonformistas, tal como vimos, como así también en la omisión -y por lo tanto, en la negación- del antagonismo de esos discursos e ideologías evocados. Este apagamiento de la conflictividad puede verse en varios sintagmas que llegan a acercar horizontes ideológico-políticos contrapuestos. Así, por ejemplo, Ugarte se refiere vagamente a las “innovaciones acertadas y atrevidas”, al mencionar conferencias como la del “Secretario del Ministerio de Comercio, M. Fontaine, sobre la organización obrera”, o construye, no sin voluntarismo, una imagen de conciliación entre lo *revolucionario* y lo *conservador* al referir el desenlace sin conflictos -aunque sin resoluciones- del debate sobre el servicio militar en el Congreso de la juventud francesa (de enero de 1901):

El espíritu revolucionario de Tolstoi ha penetrado hasta el corazón de los mejores conservadores. La discusión se hace más tibia. Todos parecen estar de acuerdo. Y

¹⁴ Esta misma crónica ofrece un fragmento de dicha ideología, que convive -al menos en la textualidad- con otra concepción más resistente al pensamiento dominante: “La insensatez de los que confían en la eficacia del bien es quizás la mejor tentativa de religión. Todos los progresos realizados hasta hoy son debidos a los hombres, los partidos o las naciones que han tenido la audacia de confiar en un principio generoso” (Ugarte 1902, 58).

cuando Eugène Montfort habla de las tendencias literarias de la nueva generación, ‘enamorada de vida, de verdad, de claridad’, todos los delegados se reconcilian, para manifestar sus simpatías a la escuela naturista y a su fundador Saint-Georges de Bouhélier./ El Congreso de la juventud ha tenido la cordura de no votar ninguna decisión final. Se ha contentado con remover las ideas [...]. Pero el Congreso ha sancionado un principio elemental, que dará nuevos rumbos: la necesidad de influir sobre la vida. (Ugarte 1902, 66)

Si la idea predominante en la crónica es que la juventud aparece como un sujeto destinado a encarar las fuerzas del cambio y la evolución, está presente, a la vez, otra concepción de la juventud como principal destinataria del magisterio laico y social de los intelectuales. Por ejemplo, cuando el escritor menciona las universidades (y otros espacios de intercambio intelectual) entre las formaciones artísticas parisinas¹⁵, la juventud aparece como el destinatario de los discursos socializantes y como la receptora de las enseñanzas impartidas por los intelectuales o por los especialistas del gobierno o de instituciones educativas del Estado. La juventud se concibe como el sujeto capaz de “encarar sin miedo la verdad”, operando como motor de la acción, pero de una acción que se deja guiar por profetas laicos (en este caso, los presidentes honorarios del Colegio de Estética Moderna, una de las instituciones mencionadas: Zola, France, Charpentier, Rodin, Descaves).

Ugarte tiende a subrayar la legitimidad de estas tendencias y formaciones, encauzándolas en un sentido positivo de la evolución social: “ya no queremos hacer la revolución, sino acelerar la revolución” dice por ejemplo Eugène Montfort, uno de los escritores mencionados en la crónica, con una fórmula dictada en el Colegio de Estética Moderna mencionado antes, y que cifra esta utopía difusa¹⁶.

Otro rasgo del juvenilismo de Ugarte reside en la perspectiva heterónoma que se evidencia en la indistinción entre juventud política y juventud artístico/literaria que se infiere de las crónicas. Así es como se asocia las posturas conservadoras en política (en particular, el monarquismo y el nacionalismo) con tomas de posición artepuristas, a las que define como “aislamiento somnoliente”, “culto del yo” e “indiferencia”. Esta politización de los discursos estéticos recupera criterios artísticos del romanticismo que por entonces ya resultan residuales, tales como la asociación entre la belleza y el ideal, a la vez que abreva en la doctrina tardo-romántica del arte social. De este modo, Ugarte pone en duda la defensa de una u otra doctrina en base al “punto de vista del arte”, que en su argumentación aparece como demasiado lábil:

¹⁵ El *Collège d'esthétique moderne* o la revistas *L'Effort*, *La revue naturiste* y *L'Oeuvre Sociale*.

¹⁶ Monfort (1902, traducción mía).

Este [punto de vista del arte] haría casi suponer que el arte se presta a todas las fantasías, puesto que de él se reclamó también D'Annunzio cuando se convirtió al colectivismo. Pero sería aventurado suponer que los hombres se definen por la república o por el imperio, influenciados por la riqueza de la rima. No es juicioso que la suerte de una nación esté a la merced de un soneto. (Ugarte 1902, 62-63)

Así es como Ugarte se detiene en la noticia de la creación del Colegio de Estética Moderna en el barrio popular de Montmartre, pasando de la descripción de las posiciones políticas que se enfrentan en dicha institución, a la defensa heterónoma del rol social del arte. Según el movimiento que venimos describiendo, tendiente a trazar líneas abarcadoras que sintetizen concepciones generales, Ugarte contrapone las dos juventudes: la de los cultores de la "doctrina" del "cultivo del yo" (55), y la de los "partidarios de una evolución de la humanidad" (57), doctrinas que explicarían a su vez, las polarizaciones en torno al caso Dreyfus¹⁷:

Representan dos tendencias, independientes de un caso particular como es el caso Dreyfus. Aquellos continúan buscando rimas raras, acumulando paradojas y quemando vidas artificiales; éstos persisten en empujar verdades, influir sobre los acontecimientos y luchar por el triunfo de la verdad (Ugarte 1902, 57)¹⁸.

La estructuración dicotómica de la argumentación aparece también en la noticia sobre el congreso de la juventud, que cierra la crónica: el escritor se detiene en la amplia diversidad de posiciones, pero no deja de insistir en el carácter armonioso del ambiente, pese a las diferencias. Una vez más, el énfasis está puesto en el carácter más "tibio" de la discusión. Así, destaca un supuesto abandono de los antagonismos ideológicos, cuando advierte que el congreso ha sancionado un "principio elemental": la "necesidad de influir sobre la vida", el abandono de las "indiferencias de antaño [que] han pasado a la historia"; el "interés [de todos] en reformar o conservar lo que les rodea", más allá de diferencias entre los jóvenes (que serían apenas divergencias en la "intensidad de aplicación" de las reformas). Tal como señalamos, este mecanismo encierra sin duda una forma de denegación del carácter irreductible de pugnas ideológicas

¹⁷ Ugarte ya plantea diferencias con el modernismo cuando anima *La Revista Literaria* en Buenos Aires, entre 1895 y 1896.

¹⁸ A lo largo de la crónica, ese distanciamiento respecto del modernismo puede leerse en el uso reiterado del adjetivo "raro" (por ejemplo, en el fragmento citado). Sin duda remite a *Los raros* de Darío, para calificar el *habitus* decadentista atribuido al artista que, de alguna manera, dicho libro sintetiza: "Y todos los *snobs* en busca de originalidad llamativa, encontraron [en las obras de Nietzsche] una justificación o una bandera rara" (Ugarte 1902, 54).

que no responden más que a los conflictos de intereses propios del mundo capitalista. Pero Ugarte aspira a resolver discursivamente esas diferencias, en una síntesis superadora que se expresa a través de tópicos vitalistas.

Significativamente, este modo denegatorio resulta aún más efectivo cuando se trata de interpelar regiones periféricas como Hispanoamérica y, sobre todo, de volver atractivos discursos políticos socialistas (si no radicalmente transformadores, al menos anti-conservadores). Así se entiende la suerte de lección que enuncia Ugarte al concluir su crónica: “en España y América”, las concepciones antagónicas también deben hallar un punto de acuerdo, que el cronista encuentra resumido en el objetivo supuestamente unánime de los congresistas, de “ocuparse del bien común”. En esta reconvencción dirigida a los jóvenes, las generaciones intelectuales y artísticas de América están en la mira de Ugarte; están llamadas a abandonar una supuesta indiferencia, originada en el artempurismo modernista, para orientarse hacia el vitalismo de un yo capaz de intervenir en su entorno social. Tal como veremos, en la crónica sobre la juventud sudamericana también están presentes sus reservas frente al esteticismo modernista, las que eran tributarias de tomas de posición heterónomas.

Mediante varias estrategias, la crónica “La juventud sud-americana” formaliza aún más esta interpelación a la juventud como sector político destinado a la intervención intelectual. En primer lugar, Ugarte busca plantear más directamente la discusión sobre las modalidades del compromiso juvenil que necesitan los sudamericanos. Menciona su crónica anterior sobre “La juventud francesa”, y retoma las ideas allí expuestas, en particular la necesidad de abandonar las “indiferencias”. En este sentido, en base a una clasificación moral contrapone los apasionados por la vida –eufemismo referido a los adeptos a las reformas– a los “desinteresados por todo”. Pero esta vez, mediante una retórica mucho más argumentativa, defiende la necesidad de que se incremente el número de los jóvenes “estudiosos”, para que los cambios puedan realizarse. Aquí se percibe la confianza particular que deposita en los intelectuales, y la postulación de una moral de intelectual basada en la legitimidad del “estudio” y en la “voluntad de saber que empuja a algunos hombres a discutir con su conciencia” (Ugarte 1902, 77). Esas serían las formas de dejar atrás la “pereza nativa” o, también, cierta superficialidad visible en la imitación de “ideas comunes” que ahogarían la “propia personalidad” (Ugarte 1902, 73).

En segundo lugar, la argumentación se organiza en torno a dos referencias de autoridad, para luego concluir en un manifiesto juvenilista destinado a los sudamericanos, cuyo programa y lugar de enunciación distan mucho del sermón de Rodó. El primer argumento de autoridad aparece en el marco ficcional de un diálogo referido en la crónica, entre un “Profesor de la Sorbona” y un estudiante

sudamericano cuya identidad no se menciona¹⁹. El anonimato del estudiante torna más legítima la intervención ugarteana porque vuelve impersonales las palabras enunciadas por aquel joven que, en la crónica, se dirige a la juventud luego de conversar con el profesor francés. El carácter anónimo de la conversación hace que las ideas debatidas sean llevadas a un plano general, acentuándose de este modo su carácter irrefutable y universalmente compartido. Además, en un gesto anti-arielista, no se trata aquí de hacer del profesor un maestro imaginario que da consejos y advertencias, sino que el cronista recurre a la forma dialogada, realzando así el lugar del interlocutor joven. Contrariamente a la posición del “Próspero” rodoniano, en la crónica predomina una ficción de intercambio de opiniones de carácter igualitario, que sólo se distancian por la diferencia generacional, lo que se ve reforzado por las marcas de informalidad que presenta la conversación²⁰. Este rasgo incluso acerca ese diálogo al modelo periodístico moderno de la *interview*.

El otro argumento, destinado a defender la necesidad de una formación rigurosa de la juventud, se presenta a través de la reseña de un folleto de Unamuno sobre educación, publicado poco antes del artículo. Pero al citar los argumentos de ese ensayo, Ugarte busca ampararse en la autoridad que ejercía su autor respecto de la “juventud hispano-americana”. Esta referencia le permite insistir en la defensa del estudio como un fin social y, sobre todo, en la necesidad de una “educación más racional”, capaz de ejercer un juicio crítico sobre el mundo (Ugarte 1902, 76).

Pero también puede leerse en los textos de Ugarte una perspectiva opuesta a la arielista, sobre todo en definiciones alternativas de la identidad juvenil sudamericana (que, al igual que en la crónica sobre la juventud francesa, la politizan). Esta perspectiva va desde la exhortación a “tener opinión sobre todas las cosas”, hasta la exigencia de precisión en las ideas, para erradicar el peor de los males de la “política criolla” (entendida como la tendencia a la oposición sistemática, insensata e impulsiva). Si *Ariel* se presenta como un programa espiritualista, según el cual las tomas de posición de los estudiantes -reunidos alrededor del maestro- se centran en el fortalecimiento de la “voluntad

¹⁹ “El reciente folleto de Miguel de Unamuno sobre la educación, y nuestra crónica anterior sobre la juventud francesa, dieron lugar a un animado diálogo entre un profesor de la Sorbona, el Dr. X, y un estudiante argentino: -En resumen -dijo el profesor después de algunas frases- ¿la juventud de su país es indiferente o es reformadora?” (Ugarte 1902, 69).

²⁰ Por ejemplo, ante la confesión del estudiante respecto del escaso número de “estudiosos”, el profesor “murmura”: “-Si es así [...], tienen ustedes revoluciones y desorden (sic) por años.

- Es que somos un país libre -rectificó el estudiante, con cierto orgullo irrespetuoso- y no nos sometemos a nadie.

- Precisamente -replicó el profesor con calma-, la libertad no consiste en hacer oposición a todos los Gobiernos, sino en saber cuál es el Gobierno que se quiere” (Ugarte 1902, 70).

individual" (Rodó 1976, 5) para preservar la civilización, frente a los avatares del progreso material, la intervención de Ugarte se construye en cambio como un programa de acción pública que requiere una "vida intelectual" desarrollada.

Conclusiones

Las crónicas de Manuel Ugarte que hemos analizado constituyen, desde el punto de vista retórico, un buen ejemplo de las modalidades de la escritura ugarteana: adoptando un enfoque sociológico, combina una enunciación propagandística militante con un intento científicista de presentar una descripción sintética del debate político de ideas (o de las "tendencias", según el término de la época). De este modo, la estrategia propagandística consiste en demostrar el carácter inexorable de la marcha progresiva hacia el colectivismo, mediante la descripción de un estado actual prometedor de la sociedad francesa, según una concepción tributaria de Jaurès. Pero el cronista lo hace de modo elusivo o eufemístico, buscando centrarse en la curiosidad de los destinatarios porteños acerca de las ideas "renovadoras". Por eso prima la descripción por encima de otras estrategias propias del discurso político, respondiendo además a los imperativos del género crónica (que inclina el discurso hacia una suerte de estudio científico, aunque poco sistemático, tal como el autor concibe).

Así, su estrategia de propaganda socialista, tendiente a postular eufemísticamente la insoslayable inminencia de una sociedad igualitaria, se enmascara detrás de autoridades indiscutibles, para interpretar el sentido de la supuesta evolución humana:

Pero sólo es posible preparar el porvenir trabajando sobre el presente [...]. En el momento actual, especialmente en este recodo peligroso y terrible de la historia, la juventud puede detener o precipitar ciertas corrientes y dirigir hacia un punto u otro del horizonte la barca abandonada de la sociedad. El mundo ha llegado a un grado tal de madurez, que es posible darle, sin esfuerzo, la forma deseada. Es el momento de determinar un empuje decisivo hacia la emancipación. Sin tomar la etiqueta inmediata de ningún partido y sin comprometer bajo ningún pretexto nuestra libertad de acción, debemos sostener, ayudar y alentar las ideas liberales, marchar hacia el progreso moral, ensanchar nuestras concepciones de la vida, sacudir los prejuicios, ennoblecer las ideas y poner todos los días en nuestra acción un poco más de generosidad, de bondad y de justicia. La evolución reciente nos empuja hacia una vida más aligerada de animalidad y más accesible al altruismo (Ugarte 1902, 82-83).

Y más adelante:

[...] *Juventud* quiere decir generosidad y entusiasmo. Debemos creer y obrar. No imitemos a los escépticos, que se abandonaban a la existencia sin voluntad, como barcas vacías. Somos el pensamiento y la fuerza. Tenemos un pie sobre el pasado y otro sobre el porvenir. Nos sentimos bien preparados para la lucha [...]. Los jóvenes cederán paulatinamente al deseo de realizar un 'más allá' y dar forma práctica a sus sentimientos altruistas, tratando de atenuar las desigualdades y hacer reinar mayor equidad entre las gentes. Pero aparte de determinadas doctrinas filosóficas que sólo nos asustan cuando las ignoramos, la juventud no puede menos que estar de acuerdo con el pensamiento de Miguel de Unamuno y con las opiniones del doctor X, profesor de la Sorbona. El siglo que se abre será el campo de batalla de dos tendencias decisivas que alcanzarán su Austerlitz o su Waterloo. Una se dirige hacia el pasado y otra se aventura hacia el porvenir [...] (1902, 84-85).

Este alegato a favor de la acción resume claramente uno de los sentidos de la intervención intelectual ugartiana: lejos de constituirse en un intelectual de partido, Ugarte privilegia formas larvadas de propaganda. Pero a la vez, sus posiciones políticas lo acercan claramente a la vertiente jauresiana del socialismo europeo²¹.

Es por eso por lo que, aun cuando escribe – en otra crónica del mismo año – sobre una noticia más mundana como el viaje en globo de Santos Dumont, entre Saint-Cloud y la Torre Eiffel²², Ugarte puede insistir, sin mayores dificultades conceptuales ni retóricas, sobre un tópico vitalista detrás del cual es posible leer esa misma utopía difusa según la cual el colectivismo, con certeza, se alcanzaría en el porvenir. Así, llega a contraponer el “sonambulismo de las vidas inútiles” a otra juventud, sosteniendo una moral de la acción (cifrada en la “voluntad”, el “estudio” y la “destreza”) y que proyecta sin dificultades sobre la “energía” del aviador brasileño: Santos Dumont representa ni más ni menos que “un ejemplo más de esa juventud laboriosa y audaz que hoy surge en todas partes como una germinación inesperada” (Ugarte 1902, 291)²³.

²¹ Así, entre 1900 y 1902, el destinatario está lejos de ser el proletariado: son los lectores del diario *El País* (que el estudiante sudamericano menciona explícitamente) e, indirectamente, los intelectuales hispanoamericanos en sentido amplio.

²² “Globos dirigibles”, editada en *El País*, en octubre de 1901. Ugarte volvió a republicarla en su libro de 1902 (287-291).

²³ “Una voluntad inteligente le guio desde sus primeros pasos. Y, en vez de disipar la riqueza, se dedicó a poner una excusa de gloria sobre el capital de su padre” (Ugarte 1902, 291). En la síntesis de la vida de Santos Dumont que traza Ugarte en esta crónica, aparece además en germen una autoimagen de la propia posición, en tanto va abandonando referencias concretas y adopta un tono generalizador: la historia de este aviador, al que describe como un “hijo de millonario”, le resulta “edificante” por el modo en que este personaje ha desertado de su entorno para dedicarse a la resolución de problemas prácticos, ennobleciendo así la fortuna familiar, meramente material.

En el marco de una dinámica histórica específica como la de comienzos del siglo XX, en que la categoría de “juventud” se encuentra en estado de elaboración, he intentado describir, en el discurso de Ugarte los rasgos que fueron construyendo a la juventud como un grupo social destinado a asumir un rol político activo, transformador, y al margen del sermón laico del *Ariel* de José Enrique Rodó. Resulta significativo, aunque no llamativo, que en abril de 1918 el mismo año de irrupción del movimiento estudiantil en torno a la Reforma Universitaria, Ugarte fuera elegido como orador principal, junto a los delegados estudiantiles, del acto inaugural de la Federación Universitaria Argentina en Buenos Aires.

Bibliografía

- Alberdi, Juan Bautista. 1955. *Fragmento preliminar al estudio del derecho*. Buenos Aires: Hachette.
- Angenot, Marc. 2000. *Les grands récits militants des XIXe et XXe siècles. Religions de l'humanité et sciences de l'histoire*. París: L'Harmattan.
- Bantigny, Ludivine e Ivan Jablonka Ivan, dirs. *Jeunesse oblige. Histoire des jeunes en France, XIXe-XXIe siècle*. Paris: PUF, 2009.
- Bouneau, Christine. 2009. *Socialisme et jeunesse en France (1879-1969): acteurs, discours, moments et lieux*. Bordeaux: Maison des Sciences de L'Homme d'Aquitaine.
- — —. 2003. “Être jeune et socialiste au début du XXe siècle”. *Revue de l'Office universitaire de recherche socialiste* 24: 29-43.
- Bourdieu, Pierre. 1984. “La ‘jeunesse’ n’est qu’un mot”. En *Questions de sociologie*. Paris: Minuit, 143-154.
- — —. 1992. *Les règles de l'art*. Paris: Seuil.
- Ciria, Alberto y Horacio Sanguinetti. 1968. *Los reformistas en Los Argentinos*. Buenos Aires: Jorge Álvarez, tomo VI.
- Criado, Enrique Martín. 1998. *Producir la juventud: crítica de la sociología de la juventud*. Madrid: Akal.
- Merbilhaá, Margarita. 2011. “El Jaurès de Ugarte. Un caso de recepción latinoamericana de las ideas de Jaurès sobre el arte”. *Nuevo mundo mundos nuevos*. <https://journals.openedition.org/nuevomundo/61840>.
- — —. 2009. “Rodó y Ugarte: programas para el rescate de la América latina”. *Actas del VII Congreso Internacional Orbis Tertius de Teoría y Crítica Literaria*, Universidad Nacional de La Plata. <http://citclot.fahce.unlp.edu.ar/vii-congreso/actas-2009/Merbilhaa.pdf>.

- Monfort, Eugène. 1901. *La beauté moderne. Conférences du Collège d'Ésthetique (février-juin 1901)*. Paris: La Plume. www.gallica.fr.
- Pernot, Denis. 2007. *La jeunesse en discours (1880-1925). Discours social et création littéraire*. Paris: Champion.
- Rama, Ángel. 1976. "Cronología". En Rodó, José E., *Ariel. Motivos de Proteo*, 316-361. Caracas: Ayacucho.
- Rebérioux, Madeleine. 1975. *La République radicale? 1898-1914. Nouvelle Histoire de la France Contemporaine*, tomo 11. Paris: Seuil.
- Real de Azúa, Carlos. 1950. "Ambiente espiritual del Novecientos". *Número* 6, 7, 8: 15-36.
- — —. 1976. "Prólogo". En Rodó, José E., *Ariel. Motivos de Proteo*, IX-XXXV. Caracas: Ayacucho.
- — —. 1977. "El modernismo literario y las ideologías". *Escritura* II (3): 41-75.
- Rodó, José E. 1976 [1900; 1909]. *Ariel. Motivos de Proteo*. Caracas: Ayacucho.
- Souto Kustrín, Sandra. 2007. "Introducción: Juventud e Historia". *Hispania* LXVII (225): 11-20.
- Swiderski, Graciela. 1999. *El epistolario de Manuel Ugarte (1896-1951)*. Buenos Aires: AGN.
- Ugarte, Manuel. 1901. "Rubén Darío. *España contemporánea*". *El País*, Buenos Aires, 10/07/1901.
- — —. 1902. *Crónicas del Bulevar*. París: Garnier.

Margarita Merbilhaá es Doctora en Letras y docente de la carrera de Letras de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de La Plata. Es investigadora Independiente del CONICET con lugar de trabajo en el IdHICS UNLP-CONICET. Su tesis de doctorado sobre el Itinerario intelectual y literario de Manuel Ugarte está disponible en el repositorio Memoria Académica de la FaHCE-UNLP.

Contacto: margaritamerbilhaa@gmail.com

Recibido: 15/02/2021

Aceptado: 30/05/2022